

Ausubel, David P. Y Edmund V. Sullivan capítulo 2. “Reseña histórica de las tendencias teóricas”. *El desarrollo infantil. 1. Teorías. Los comienzos del desarrollo.* Barcelona: Paidós,1989. p.p.34-62.

Los principales temas teóricos en el estudio del desarrollo infantil se pueden dividir -por razones históricas y de conveniencia- en dos categorías principales: 1) los referidos al *control* y la *regulación* del desarrollo, y 2) los que tratan las propiedades *no reguladoras* del proceso evolutivo. A la primera categoría pertenecen los factores que determinan el desarrollo, sus interacciones y su influencia relativa. Dentro de esta categoría tienen gran importancia la regulación de las uniformidades y diferencias existentes entre individuos expuestos a medios culturales similares y disímiles, y la influencia que ejercen la herencia y el ambiente, respectivamente, en cuanto a determinar distintos logros evolutivos. También se pueden incluir problemas tales como la teoría de la recapitulación, las características de la maduración, el origen de los impulsos, las similitudes y diferencias entre la dotación animal y la humana, y el significado de la naturaleza humana y del relativismo cultural.

La segunda categoría se ocupa de problemas tales como la continuidad y la discontinuidad en el mantenimiento de la individualidad evolutiva, y también de los factores reversibles e irreversibles del desarrollo, la organización de la conducta, las características de los períodos de transición en el desarrollo, el paralelismo y la desigualdad en los componentes del crecimiento, la regresión evolutiva, etcétera.

Ambas categorías serán tratadas en cada capítulo de la presente obra en relación con la personalidad y con distintos aspectos del desarrollo. Pero como ya se explicó, a efectos de proporcionar un sustrato integrado para una teoría general del desarrollo infantil, en el capítulo 3 se presentará una reseña de los temas referidos a la regulación, y en el capítulo 4 se verán otros temas fundamentales relativos al desarrollo infantil.

Este capítulo consiste en una breve reseña histórica de diversas tendencias y corrientes del pensamiento que se ocupan de las características del niño y el control del desarrollo. En primera instancia está concebido como una introducción conceptual a la discusión más pormenorizada del capítulo 3.

La regulación del desarrollo humano sigue siendo un tema muy polémico. La controversia naturaleza-crianza se ha ido apaciguando, ya que actualmente los dos factores rara vez se consideran mutuamente excluyentes. En muchos ámbitos se acepta que su interacción es el factor determinante de la dirección del crecimiento. Sin embargo, aún no hay acuerdo en cuanto a su respectiva influencia en ciertos aspectos particulares del desarrollo, y poco se sabe acerca de los mecanismos de la interacción. Además, el tema de la regulación del desarrollo aparece relacionado con muchos otros problemas teóricos en los que a menudo apenas se percibe su pertinencia. Estos incluyen las doctrinas de maduración y recapitulación, teorías

psicoanalíticas de la personalidad, hipótesis referidas a la naturaleza de los impulsos, diversas concepciones del relativismo cultural, etcétera. Por estas razones, en consecuencia, puede ser conveniente efectuar un análisis más explícito de las raíces históricas de distintas tendencias ideológicas y de las relaciones existentes entre ellas.

ENFOQUES PREFORMACIONISTAS

El análisis histórico muestra que la consideración del papel que cumplen los determinantes internos y externos del desarrollo desde el punto de vista de su interacción es de origen relativamente reciente. En los últimos siglos, e incluso en nuestra propia época, las teorías del desarrollo que ejercieron mayor influencia insistían en un enfoque de *tabula rasa* orientado al ambiente, o bien en un enfoque preformacionista o predeterminista centrado en el uso de los factores endógenos e innatos.

La tesis fundamental del preformacionismo niega la importancia del desarrollo en la ontogenia humana. Las propiedades básicas y los alcances de la conducta del ser humano -su personalidad, valores y motivos, y sus tendencias reactivas perceptuales, cognitivas, emocionales y sociales- no se conciben como sujetas a una diferenciación y una transformación cualitativas en el curso del ciclo vital, sino que se presumen existentes -preformadas- al nacer. No es forzoso que aparezca algo nuevo como resultado de la interacción de un organismo, en gran parte indiferenciado y con ciertas predisposiciones estipuladas, y su ambiente particular; ya está todo preestructurado, y al aumentar la edad se producirá o bien una modificación cuantitativa limitada, o simplemente un despliegue secuencial conforme a un programa preestablecido.

No es difícil ubicar los orígenes del pensamiento preformacionista. Por una parte, está evidentemente relacionado con la concepción teológica de la creación instantánea del hombre y con la creencia general en el carácter innato de la personalidad del individuo y su sentido de identidad singular como persona. Una peculiar contraparte embriológica y precientífica de este punto de vista es la teoría homuncular -popular en otros tiempos- de la reproducción humana y la gestación. Se creía que en el esperma se hallaba un ser humano en miniatura, pero totalmente formado (el homúnculo) que, al ser implantado en el útero, simplemente crecía, sin experimentar ninguna diferenciación de órganos o tejidos, hasta alcanzar el tamaño normal que tiene el feto a los nueve meses de gestación.

Por otra parte, la tendencia a considerar a los bebés y niños como adultos en miniatura se debe a la propensión a caer en la extrapolación o el antropomorfismo cuan (lo se interpretan fenómenos alejados de la propia experiencia o de los modelos explicativos familiares. ¿Qué es más fácil que explicar la conducta de otros en función de las propias potencialidades de respuesta? Para extender esta orientación

a la interpretación de la conducta infantil fue necesario dotar al niño de los atributos básicos de la motivación, madurez de percepción y capacidad de reacción del adulto. Las expresiones modernas y extremas de esta tendencia incluyen opiniones psicoanalíticas tan aceptadas como "la de que el prototipo de toda la ansiedad posterior se halla en el trauma psicológico ocasionado por el nacimiento; que la sexualidad infantil y la adulta son cualitativamente equivalentes y que al parecer los bebés son sensibles a los matices más sutiles de las actitudes parentales.

La variedad teológica del preformacionismo, aliada al concepto del hombre como pecador innato, inspiró un enfoque educacional rígido, autoritario y pesimista. Al presumirse que la forma final estaba completamente preestructurada en todos sus aspectos esenciales, no se podía mejorar más que escasamente lo que ya era el individuo o lo que estaba destinado a ser. En consecuencia, no era necesario tomar en cuenta los requerimientos evolutivos y el status del niño, las condiciones propicias para el desarrollo en una etapa determinada de su maduración o su aptitud para cumplir una experiencia particular. Debido a que no se lo percibía cuantitativamente distinto del adulto ni se veía que contribuyera a su propio desarrollo, la imposición arbitraria de las normas adultas se consideraba perfectamente justificada.

Ideas innatas

Filosóficamente, en el campo de la cognición, el preformacionismo estuvo representado por la doctrina de las ideas innatas, o sea las ideas que existen con independencia de la experiencia individual.¹ Combatida con todo vigor por John Locke (1632-1704) y otros empiristas, esta noción fue perdiendo influencia y desapareció totalmente, hasta que los teóricos del psicoanálisis la revivieron y popularizaron. Por ejemplo, Jung postuló la existencia en el "inconsciente racial" de ciertas ideas congénitas tales como la eternidad, la omnipotencia, la reencarnación, macho y hembra, madre y padre. El análogo "inconsciente filogenético" de Freud incluía -como base para resolver el complejo de Edipo- una identificación heredada, respecto del progenitor del mismo sexo, previa a toda experiencia interpersonal real.

Instintos humanos

En la esfera de la conducta, las doctrinas preformacionistas florecieron en diversas teorías de los instintos e impulsos innatos. Influidos por los estudios

1El contenido y la validez de este y otros conceptos históricamente importantes serán considerados con mayor amplitud en el curso del presente capítulo y en el capítulo 3. Aquí sólo nos interesa ofrecer una perspectiva histórica.

sobre la conducta de los animales inferiores y por las implicaciones nativistas primitivas de la genética mendeliana, los psicólogos, representados por personajes tan notorios como McDougall y Thorndike, concibieron complicadas listas de los instintos humanos, tales como el sexual, maternal, de codicia, de tenacidad, gregario,

etcétera. Se pensó que éstos constituían respuestas innatas, pautadas en forma compleja, organizadas en secuencias y ejecutadas a la perfección desde el primer intento, que se iban desplegando a su debido tiempo o se proyectaban como reacción ante indicios ambientales apropiados. Sin embargo, socavada por la creciente oleada del conductismo en la década de 1920, por las demostraciones de numerosas formas de respuestas condicionadas, por los hallazgos de la investigación del desarrollo de los primates, y por los aportes de la etnología y de la sociología que señalaron el fundamento experimental de la conducta, esta variedad de la teoría del instinto aplicada a la conducta humana cayó en el olvido hace bastante tiempo.

Impulsos primarios y libidinales

Las doctrinas profundamente arraigadas en la tradición cultural no perecen con facilidad. Rechazadas bajo una apariencia determinada, no tardan en reaparecer y ser adoptadas bajo formas más aceptables. Así, las teorías instintuales revivieron tanto en las concepciones de los "impulsos primarios" viscerogénicos, o debidos al estímulo, como en las ideas psicoanalíticas de los impulsos libidinales. La primera noción, más compatible con la opinión psicológica prevaleciente -orientada hacia la conducta y la biología-, presumía la existencia de cierta cantidad irreductible de estados de desequilibrio fisiológico que, supuestamente constituían en sí mismos la base innata causante de la conducta motivada. Estos estados -los impulsos primarios-, por ejemplo, eran considerados congénitos e inevitables puesto que su acción sólo era una función de la presencia de estímulos viscerales o humorales persistentes dentro del organismo o de estímulos externos intensos como la aflicción, a los cuales el organismo respondía invariablemente de ciertas maneras predeterminadas.

Los impulsos libidinales, por contraste, se consideraban fuentes innatas y sustantivas de energía, virtualmente independientes de la estimulación externa. Debido a que la expresión desinhibida de tales impulsos parecía engendrar un conflicto de interés entre las necesidades biológicas del individuo y las costumbres de su cultura, y a que su aparición secuencial se describía en función del "desarrollo" psicosexual, este punto de vista era más congruente que otras teorías del instinto con las orientaciones teóricas más dinámicas de los psiquiatras, psicólogos clínicos y antropólogos sociales. Sin embargo, en realidad no tomaba en cuenta el desarrollo más que cualquier otro concepto ortodoxo y preformacionista del instinto, puesto que consideraba que el aspecto energizante de los impulsos libidinales, su ubicación, modo y objeto de expresión, más el orden secuencial de su aparición, estaban todos preestructurados. Además, aunque la manifestación de impulsos tardíos debía necesariamente estar latente al principio, su despliegue eventual estaba asegurado sin la intervención de ningún proceso de transformación o de interacción con la experiencia individual.

Las inferencias educacionales de estas doctrinas, compartidas en esencia por tan distinguidos seguidores de Rousseau como Pestalozzi (1746-1827) y Froebel

(1782-1852), contrastaban con las de los preformacionistas. Se admitieron la contribución del niño a su propio desarrollo, sus necesidades y posición evolutivas, sus intereses expresados y sus actividades emprendidas espontáneamente y, por último, la importancia de un clima educacional carente de estructuras y de coerciones. Este punto de vista, por supuesto, ejerció una tremenda influencia sobre la teoría y la práctica posteriores en educación y, en lo esencial, es idéntico y, hasta cierto punto, establece una continuidad histórica con los movimientos actuales que abogan por un enfoque no directivo y centrado en el alumno para el entrenamiento, la educación y la orientación infantil.

La doctrina de la recapitulación: G. Stanley Hall

Una faceta especialmente imaginativa, pero dotada de importancia histórica, de la concepción del desarrollo de Rousseau (y más tarde de Froebel) era la teoría de que el niño, al crecer, recapitula la historia filogenética y cultural de la raza humana. Aunque la analogía sólo se estableció en líneas generales, proporcionó una explicación aparentemente plausible de la hipótesis de la regulación interna del desarrollo y de su resultado predeterminado e inevitablemente paralelo a la espiral ascendente de la evolución cultural. Más de un siglo después, G. Stanley Hall (1846-1924) elaboró y depuró detalladamente esta teoría, postulando varios paralelismos ingeniosos entre las distintas épocas hipotéticas en la historia de la civilización (por ejemplo, arbórea, cavernícola, pastoril y agrícola), y los estadios supuestamente análogos en el desarrollo de la conducta y de los intereses lúdicos del niño.

Estas especulaciones, presentadas con gran destreza, inclusividad y coherencia interna, se popularizaron y fueron aceptadas debido quizás a que estaban en armonía con el enfoque evolucionista entonces prevaleciente en la antropología cultural, y a que parecían concordar con ciertas generalizaciones que vinculaban la embriología con la evolución biológica. También fueron apoyadas por las creencias entonces en boga de que los procesos del pensamiento del niño civilizado son comparables a los de un adulto "primitivo" estereotipado (la falacia de la "mente primitiva") y de que las culturas de los pueblos primitivos contemporáneos son análogas a las de las primeras etapas de las civilizaciones más avanzadas. Más tarde, un examen más acabado a partir de la aparición de nuevos datos en el estudio comparado del desarrollo infantil y del cambio de conceptos acerca de las complejas interrelaciones entre el ambiente cultural, la dotación genética y el desarrollo individual, hizo que esta orientación teórica ya no fuera aceptada como enfoque económico y potencialmente útil para los problemas de la psicología evolutiva.

Teoría de la maduración: Arnold Gesell 2

Tras el colapso de la esmerada teoría de la recapitulación de Hall, las teorías predeterministas del desarrollo recibieron un grave revés, pero no por ello desaparecieron. Asumieron, en cambio, otras formas más compatibles con el clima teórico prevaleciente. Acaso el más influyente y más ampliamente aceptado entre todos los enfoques predeterministas actuales sea la teoría de la maduración, de Arnold Gesell,

que reitera la importancia que Rousseau asignó al control interno del desarrollo, pero descarta los paralelismos específicos entre la historia cultural y el desarrollo individual que tornaron vulnerable la posición de Hall.

La teoría de Gesell se benefició también de su semejanza general con el concepto, empíricamente demostrable de la maduración, que había ganado bastante aceptación entre los investigadores de la conducta, los educadores y el público lego. En realidad, este concepto se refería a los efectos de la falta de aprendizaje (en contraposición con los del aprendizaje) en el incremento de la capacidad, más que a la importancia relativa de los factores reguladores internos y externos del desarrollo, con prescindencia del papel del aprendizaje. En lo operativo, sólo se refería a los incrementos en la capacidad funcional atribuibles al crecimiento estructural, al cambio fisiológico o a la influencia acumulativa de la experiencia incidental, en contraste con los incrementos atribuibles a una experiencia práctica específica como el aprendizaje. Pero Gesell utilizó el término *maduración* en un sentido muy especial y más global para representar los mecanismos regulativos endógenos que determinan la dirección esencial de *todo* el desarrollo, incluyendo el condicionado en parte por el aprendizaje y la cultura.

En esencia, Gesell propuso un modelo embriológico para todos los aspectos del crecimiento humano -estructura, fisiología, conducta y psicología que "obedecen a las mismas leyes de la morfología evolutiva".³ En *todas* estas áreas se supone que una matriz del crecimiento compuesta por factores endógenos determina la dirección básica de la diferenciación y la pauta, en tanto que "los factores ambientales (meramente) apoyan, modulan y modifican, pero... no generan las progresiones del desarrollo".⁴ Estos factores regulativos intrínsecos corresponden a los "genes ancestrales" que reflejan en general los logros de la raza por adaptación a la evolución, pero ni se refieren a épocas específicas de la historia cultural ni condicionan el desarrollo de fases ontogenéticas análogas.

Dado que los genes, filogenéticos, por definición, están ampliamente distribuidos en la especie y sus efectos son muy potentes. Gesell teorizó que las secuencias evolutivas son relativamente invariables en todas las áreas del crecimiento evolucionan mas o menos

2 Véase D. P. Ausubel: *Theory and Problems of Adolescent Development*. Nueva York, Grune and Stratton, 1954.

3 A. Gesell: "The ontogenesis of infant behavior". En L. Carmichael (comp.): *Manual of Child Psychology* (2a. ed.). Nueva York, Wiley, 1954, págs. 335-373.

4 A. Gesell, *op. cit.*

..

en forma espontánea e inevitable y muestran uniformidades básicas incluso en ambientes culturales muy diferentes. A semejanza de su predecesor Hall, enseñó que ciertas etapas indeseables en el desarrollo de la conducta eran inevitables como consecuencia de la herencia filogenética del niño y que la mejor forma de manejarlas consistía en permitir que siguieran espontáneamente su curso natural. Dado que otros factores endógenos comparables aseguraban la manifestación eventual de una conducta más aceptable, se podía confiar en que una actitud parental permisiva y paciente, acompañada del autocontrol y la autodisciplina por parte del niño, solucionaría el problema. Las expectativas, exigencias, limitaciones y controles parentales no sólo se consideraban innecesarios sino que se estimaba que podían fomentar el negativismo y perjudicar la relación entre padres e hijo.

Este modelo embriológico es defendible cuando se lo aplica al desarrollo de estructuras, funciones y conductas filogenéticas, es decir, aquellas que caracterizan a todos los individuos de una especie dada. Se podrá aplicar al desarrollo total de los miembros de los *phyla* inferiores, al desarrollo de la conducta humana prenatal y a buena parte del crecimiento sensoriomotor infantil. Pero en lo que respecta a la mayor parte del desarrollo psicológico postnatal de la especie humana, la experiencia individual y del ambiente cultural inciden en la dirección, la pauta y el orden secuencial de todos los cambios evolutivos. No sólo hay una variabilidad significativamente mayor en el contenido y la secuencia del desarrollo, sino que también las uniformidades, tanto intraculturales como interculturales, reflejan problemas comunes de adaptación física y social y soluciones culturales comunes.

Teoría del desarrollo intelectual: Piaget

En la teoría contemporánea del desarrollo, la formulación de Piaget sobre el desarrollo intelectual también se puede caracterizar, con ciertas calificaciones y reservas, como predeterminista.

5 El modelo embriológico de Gesell no niega que los acontecimientos ambientales tengan ciertos efectos. Para Gesell, el ambiente influye y modifica el desarrollo, pero no lo determina. Los efectos de las influencias ambientales perjudiciales durante la gestación y las experiencias postnatales severas que alteran claramente la pauta normal del desarrollo durante la gestación y el posterior desarrollo motor, no contradicen necesariamente el modelo de Gesell, puesto que su teoría toma en cuenta estos efectos ambientales extremos. Tales influencias detienen o deforman la dirección del desarrollo determinada génicamente (v.g. aborto, parto muerto, nacimiento prematuro, formación defectuosa) pero no inician ninguna progresión evolutiva por acción propia, es decir, no determinan la dirección del desarrollo.

6 Véase J. Piaget: The Psychology of Intelligence. Nueva Jersey, Littlefield, Adams, 1960; "Development and Learning". En R. E. Ripple y V. N. Rockcastle (comps.): Piaget Rediscovered. Informe de la Conferencia de Estudios sobre la Cognición y el Desarrollo del Currículum. Cornell, 1964, págs. 7-20; "Psychology

and, philosophy". En B. Wolman y E. Nagel (comps.): Scientific Psychology. Nueva York, Basic Books, 1965, págs. 28-43.

Para un tratamiento más extenso de la posición determinista de Piaget, véase E. V. Sullivan: "The role of inter -and intra- age individual differences in planning teacher training programs". Teachers College, Columbia University, junio de 1968.

La mejor interpretación de esta definición es la de que los esquemas son tipos de "programas" o "estrategias" que el individuo tiene a su disposición cuando interactúa con su ambiente.

La adaptación comprende dos procesos invariables; la asimilación y la acomodación. La asimilación es la incorporación del ambiente a las pautas actuales de la conducta. La acomodación es el cambio en las estructuras intelectuales (esquemas) que son necesarias para que el individuo se ajuste a las exigencias del ambiente.

La equilibración implica una estabilidad entre los dos procesos invariables de asimilación y acomodación. Cuando se produce un desequilibrio, el organismo se ve forzado a modificar sus esquemas (o sea sus estrategias) para adaptarse a las demandas del ambiente (adaptación). Cuando el organismo trata de ajustarse al medio con esquemas preexistentes, se dice que opera la asimilación. La postulación de los esquemas como procesos mentales por los cuales las experiencias pasadas se almacenan y se constituyen en determinantes parciales de la conducta actual es significativa debido a que implica que el organismo percibe el ambiente en función de su organización existente. La desequilibración (o inestabilidad) se produce cuando la asimilación no tiene éxito. La acomodación es el resultado de la desequilibración, siguiendo luego la alteración o aparición de nuevos esquemas. El desarrollo cognitivo está marcado por una serie de estados de equilibración-desequilibración. Las etapas piagetianas se pueden considerar como conjuntos de estrategias particulares (esquemas) que se hallan en un estado de equilibración relativa en un momento determinado del desarrollo infantil. El desarrollo desde una etapa a la siguiente comprende una organización jerárquica entre los estadios precedentes y los siguientes. Dicho de manera más simple, la etapa inferior está coordinada e integrada a la etapa próxima superior.

Piaget ha sido catalogado como predeterminista (a pesar de su profesado partidismo por la interacción) debido al peso relativo que atribuye a los factores ya mencionados. Es evidente que Piaget concede una importancia primordial al factor de la equilibración. Al explicar la transición evolutiva, Piaget y sus seguidores niegan que la experiencia o el entrenamiento (la práctica) específicos en el aprendizaje, en particular los de índole verbal -incluso extendiendo el concepto a la educación en general- tengan alguna influencia significativa en la aparición de las etapas del desarrollo intelectual. En la teoría de Piaget, los efectos de la *interacción social* sólo reciben una consideración superficial.

La dicotomía desarrollo-aprendizaje expuesta por Piaget, acentúa el punto anterior. El *desarrollo* es un proceso espontáneo ligado a la embriogénesis, mientras que el *aprendizaje* está inducido por situaciones externas. Piaget sostiene que el desarrollo del conocimiento (transición de etapas) es un proceso espontáneo vinculado a la totalidad de la embriogénesis. Como Gesell, hace notar que la *embriogénesis* no sólo se refiere al desarrollo corporal sino también al sistema nervioso y a las funciones mentales; por consiguiente, el *desarrollo* es un proceso que comprende la totalidad de las estructuras del conocimiento. El *aprendizaje* es un proceso mucho más restringido en el sistema de Piaget, provocado por situaciones tales como la enseñanza didáctica, los experimentadores psicológicos, etc., y limitado a problemas *simples* de estructuras *también* simples.

En consecuencia, se considera que Piaget es fundamentalmente predeterminista pues destaca los aspectos *espontáneos* del desarrollo y subordina totalmente el aprendizaje a este despliegue de factores génicos y a un autocontrol (maduración interna) espontáneo. La nítida separación que establece entre las ideas infantiles de la realidad desarrolladas principalmente por medio de los esfuerzos mentales propios (equilibración) y las que reciben una influencia decisiva del ambiente (aprendizaje), se ve reforzada por su distinción entre los conceptos *espontáneos* y los *no espontáneos*.

Vygotsky parece haber apuntado al núcleo mismo de esta dicotomía cuando afirmó que:

Hay errores en el razonamiento de Piaget que desmerecen el valor de sus opiniones. Aunque sostiene que el niño, cuando forma un concepto, lo hace con las características de su propia mentalidad, Piaget tiende a aplicar esta tesis únicamente a los conceptos espontáneos y presume que ellos, por sí solos, pueden ilustrarnos sobre las cualidades especiales del pensamiento del niño; pasa, pues, por alto la interacción de las dos clases de conceptos y los vínculos que los unen a un sistema total de conceptos en el curso del desarrollo intelectual del niño. 10

Ya deben resultar evidentes las semejanzas entre la "maduración interna", de Gesell, y el "autocontrol", de Piaget. La noción de "equilibración" de Piaget incluye tanto la maduración (factores genéticos internos) como el aprendizaje *incidental* autocontrolado. Resulta así más inclusivo que Gesell, cuya noción de la maduración se centra únicamente en el proceso de "maduración interna" (factores génicos). Por lo tanto, la posición de Piaget le permite avanzar hacia la explicación de las diferencias interindividuales, intraindividuales e interculturales en la edad en que se verifican las etapas -y en la esfera de contenido en la que se manifiestan- mediante la inclusión de experiencias espontáneas e incidentales del aprendizaje. Al mismo tiempo, hay sorprendentes puntos de convergencia entre el pensamiento de Piaget y el de Rousseau; ambos se centran en la idea de que el papel del ambiente consiste simplemente en evitar una interferencia grave con el proceso de autorregulación y la maduración espontánea.

Como se aclaró antes, esta caracterización de la posición de Piaget se hace con ciertas reservas- No parece haber ninguna necesidad inherente a su formulación que obligue a clasificarlo como predeterminista, excepto en lo que respecta a su constante reiteración del menor papel relativo del ambiente en el desarrollo. La confusión surge por causa de las afirmaciones contradictorias de Piaget acerca de los cuatro factores que inciden sobre el desarrollo cognitivo. Al principio da la impresión de adoptar un punto de vista *interaccionista*, pero luego se dedica a menospreciar el papel de la transmisión social (como ya se señaló) y el de la experiencia física:

La estructura lógica no es el resultado de la experiencia física. No se puede obtener mediante el refuerzo externo. La estructura lógica se alcanza sólo a través de la equilibración interna, de la autorregulación...ll

10 L. S. Vygotsky: *Thought and Language* (comp. y trad. por E. Hanfmann y G. Va
kar). Cambridge, Mass., M. I. T. Press, 1962, pág. 84.

11 L. Piaget: *Development and learning*. "op. Cit. Pag. 16-45

Con respecto a este punto, nuevamente Vygotsky somete a Piaget a una crítica convincente:

Uno de los argumentos básicos de la teoría de Piaget es el de que la socialización progresiva del pensamiento es la verdadera esencia del desarrollo mental del niño; pero si sus opiniones sobre la índole de los conceptos no espontáneos fueran correctas, resultaría que un factor tan importante en la socialización del pensamiento, como lo es el aprendizaje escolar, no tiene nada que ver con el proceso evolutivo interno. Esta inconsecuencia es el punto débil de la teoría de Piaget, tanto teórica como prácticamente.¹²

Los escritos anteriores de Piaget ¹³ muestran mayor flexibilidad para admitir el papel del medio social en el desarrollo del niño. Así, por ejemplo, en el caso de los juicios morales del niño,¹⁴ el desplazamiento de los pensamientos morales desde modos *heterónomos* a otros más *autónomos* se atribuía a la disminución del respeto unilateral a los adultos junto con el correspondiente incremento del respeto y la solidaridad entre pares.

Tendencias concordantes en las ciencias biológicas

Las tendencias biológicas afines concurren a reafirmar los conceptos predeterministas sobre el desarrollo infantil, al menos de dos modos. En primer lugar, ayudaron a crear un clima general de opinión científica que afectó la aceptabilidad de las teorías más recientes. En segundo lugar, diversos conceptos biológicos sugirieron, modificaron o reforzaron el contenido específico de las teorías predeterministas. Que estos efectos auxiliares y semejanzas conceptuales a menudo se basaran en errores popularizados, en formulaciones anticuadas e incluso en

contradicciones irreconciliables con modelos biológicos de pretendida analogía, de ninguna manera disminuye su importancia histórica. Los tres campos de la biología que ejercieron mayor influencia sobre las teorías predeterministas del desarrollo infantil fueron la teoría darviniana, la embriología y la genética, que se ocuparon, respectivamente, del origen de las especies, el desarrollo prenatal y los mecanismos hereditarios. En años más recientes, los progresos en estas disciplinas condujeron a un enfoque más interaccional del desarrollo humano.

Evolución biológica. En 1859, Carlos Darwin formuló la revolucionaria teoría de que la evolución biológica era una consecuencia de los cambios evolutivos graduales y acumulativos en las especies, resultantes de la supervivencia selectiva y de la transmisión de pequeñas variaciones heredadas que proporcionaban ventajas adaptativas en relación con las condiciones ambientales prevaletentes. Según creía Darwin, el ambiente no podía provocar cambios directos en la estructura, la función o la conducta del organismo que fueran transmisibles a su

12 L. S. Vygotsky, *op. cit.*, pág. 85.

13 J. Piaget: *The Language and Thought of the Child*. Nueva York, Harcourt, Brace, 1926. *Moral Judgment of the Child*. Nueva York, Harcourt, Brace, 1932

progenie,15 o sea que sólo determinaba cuál de las variaciones que se producían en forma natural se adaptaba mejor y, en consecuencia, estaba selectivamente favorecida para ser representada en las futuras generaciones en virtud de una tasa de supervivencia diferencial y de la propia perpetuación final. Lo que causaba y regulaba la evolución biológica era, por lo tanto, una variabilidad existente de manifestación espontánea, debida a factores endógenos hereditarios antes que a factores ambientales.

Aplicado al desarrollo de la conducta humana, este último principio recibió muchas veces interpretaciones erróneas, que lo presentaban como favorable a la posición predeterminista. No se advirtió que si bien el ambiente no podía inducir alteraciones susceptibles de ser transmitidas a 1: progenie y, por lo tanto, no podía iniciar una diferenciación filogenética (es decir, el desarrollo de nuevas especies), podía sin embargo influir sobre la ontogenia (es decir, sobre las secuencias evolutivas en el ciclo vital de miembros individuales de una especie). Así, el criterio darviniano a menudo fue tergiversado y se le acordó un significado jamás propugnado por su autor: que los factores ambientales tampoco podían ejercer un efecto directo sobre la ontogénesis. Lamentablemente, esta interpretación errónea se tornó más verosímil por el hecho de que no se halla muy alejada de la realidad en el caso de ciertos organismos inferiores que muestran una pauta más o menos estereotipada de conducta adaptativa en respuesta a las vicisitudes ambientales. En relación con esos organismos, la experiencia individual no es más importante para la ontogenia que para la filogenia de la conducta. Pero en el caso de las especies superiores -la humana, en especial-la adaptación es una función de la organización de la conducta, aprendida y flexible, modificada por la experiencia individual y cultural. En consecuencia, la tendencia predeterminista a descartar la influencia de la

experiencia sobre la ontogenia humana era errónea. Los preformacionistas, partiendo desde la misma posición, negaron totalmente el desarrollo del comportamiento y equipararon la conducta social aprendida por el hombre en la civilización occidental a los instintos de los animales inferiores.

Embriología. Los primeros conocimientos sobre la embriología también prestaron apoyo a las doctrinas predeterministas, al hablar de secuencias evolutivas más o menos invariables, reguladas principalmente por factores endógenos. La investigación posterior, al mostrar que el ambiente en el cual se cumple la

15 Según J. B. Lamarck (1744-1829) y sus seguidores, los "caracteres adquiridos" se transmitían a la progenie. Sin embargo, esta doctrina está en contradicción con la teoría genética moderna que sostiene que los cambios ordinarios y forjados por el ambiente en el fenotipo no se acompañan de las correspondientes modificaciones en el genotipo. Aunque no hay "demostración alguna de que la herencia lamarckiana sea imposible... aún no se ha presentado ninguna prueba incontrovertible en su favor". Los famosos experimentos de Weismann, ampliamente aceptados como una refutación concluyente de la hipótesis de Lamarck, en realidad no la pusieron a prueba de modo adecuado. Los rasgos adquiridos, que según la hipótesis lamarckiana son heredables, se concibieron como productos de la exposición prolongada o del ejercicio adaptativo en el curso de muchas generaciones, por lo que difícilmente se podrían equiparar con prácticas tan artificiales e instantáneas como la sección de los apéndices caudales de varias generaciones de animales realizada por Weismann.

gestación incide en el resultado del desarrollo, proporcionó cierto respaldo al modelo embriológico. Pero lo cierto es que al ser proyectado a la vida posnatal, este modelo resultaba inaplicable a la mayoría de los problemas del desarrollo humano. En primer lugar, se refería casi en forma exclusiva a las adquisiciones evolutivas que caracterizan a la especie como un todo. En segundo lugar, se ocupaba del desarrollo en un medio fisiológico relativamente constante y en gran parte aislado de la estimulación externa. En consecuencia, constituía una analogía muy semejante a las concepciones predeterministas, por lo que confirmaba los prejuicios de aquellos teóricos que, como Gesell, minimizaron la incidencia de la experiencia individual en la ontogenia.

En realidad, estas últimas consideraciones, interpretadas a la luz de numerosos hallazgos de la embriología experimental, deberían haber llevado precisamente a las conclusiones opuestas. La investigación realizada en los últimos cuarenta años señala: 1) que las variaciones importantes, y aun las menos marcadas en el ambiente intrauterino (como la rubéola, la irradiación, las drogas, la edad avanzada de la madre, etc.), se vinculan con anomalías evolutivas del feto, y 2) que el crecimiento estructural y el desarrollo funcional del tejido neural embrionario se ven afectados por muchos factores en el ambiente fetal. Varios trabajos experimentales apuntan a la conclusión de que la diferenciación estructural y el desarrollo secuencial

de la función en distintos sectores del sistema nervioso se ven influidos, en parte, por concentraciones diferentes de biocatalizadores, por niveles cuantitativos de diversos metabolitos y hormonas en la corriente sanguínea del feto, por la estimulación mecánica y otras de origen externo comunicadas al niño en el útero y por la presencia y el funcionamiento de los tejidos adyacentes. El efecto mencionado en último término ha sido objeto de diversas explicaciones sobre la base de diferencias regionales en la actividad metabólica (gradientes) , del potencial de organización de ciertas células embrionarias en la diferenciación del tejido (organizadores) y de la operación de campos electrodinámicos inducida por la actividad biológica.

Podemos concluir, por lo tanto, que el ambiente interno (intrafetal y gestatorio) cumple un papel importante con respecto al desarrollo embriológico y que la preservación de su constancia es fundamental para determinar la uniformidad del resultado evolutivo, incluso en cuanto a las características de la especie. Siendo esto así, es razonable suponer que la influencia direccional del ambiente en la determinación de diferencias dentro de la especie será infinitamente mayor una vez que el individuo sea expuesto al amplio espectro de la estimulación extrauterina.

Genética. El redescubrimiento de las leyes de Mendel en 1900 y los primeros trabajos subsiguientes de los geneticistas tuvieron gran repercusión sobre las teorías del desarrollo humano. La demostración de que existe una base física para la herencia a partir de genes relativamente estables, distintos y de reproducción propia, resistentes a las influencias ambientales, y que al parecer ejercen un efecto inevitable, incondicional y discriminado sobre la determinación de los rasgos específicos, favoreció, por supuesto, las concepciones predeterministas del desarrollo de la conducta humana. También aunque muy alejada de esta última influencia, la genética proporcionó un modelo para explicar los mecanismos

1) la *herencia filogenética*, que se manifiesta tanto en la evolución biológica como en el desarrollo embriológico individual, y 2) la *herencia familiar* revelada en numerosos estudios sobre la reproducción animal, sobre la repetida incidencia de diversas enfermedades "hereditarias" en ciertos núcleos familiares humanos y sobre las relaciones de rasgos entre individuos con distintos grados de consanguinidad. .'

La investigación genética posterior mostró que el modelo de los grandes genes simples con fuertes efectos sobre la variabilidad, que inciden total e invariablemente en el desarrollo de rasgos específicos, era excesivamente simplificado. Se demostró que "el fenotipo de un organismo no es un mero mosaico de efectos de genes simples expresados independientemente... (sino que) depende., de interacciones evolutivas que comprenden todo el agregado del material genético".¹⁶ Así, en la actualidad se sabe que los efectos de muchos genes simple son modificados por otros genes, y que la mayor parte de la variabilidad genética normal (y la menos patológica) en los seres humanos es producida por constelaciones de poligenes. Estos últimos ejercen efectos "individualmente pequeños pero apreciables desde el punto de vista acumulativo (y) equivalentes lo cuantitativo, dando por resultado distribuciones continuas -más que cons picuamente discontinuas- de la variabilidad

fenotípica".17 i

Más importante, quizá, fue el debilitamiento del antiguo criterio genético que respaldaba la creencia (derivada erróneamente de la teoría darwiniana y' del estudio de la conducta animal que atribuía una exagerada participación al! instinto) de que el ambiente no influye de manera apreciable sobre la ontogenia. Los modernos geneticistas adhieren a la proposición de que el fenotipo es el resultado de una trayectoria evolutiva determinada por la compleja interacción de factores genéticos y ambientales. Esto, por supuesto, no significa que los) factores ambientales modifiquen los genes sino que alteran su modo de expresión. El efecto de los genes sobre el desarrollo y la pauta de los rasgos morfológicos a menudo depende de la presencia de una gama restringida de condiciones ambientales tales como la humedad, la temperatura y la dieta. En otro_ casos, las influencias ambientales operan sólo dentro de una gama restringida de genotipos; y a veces, los efectos de la herencia y el medio sobre el desarrollo son más independientes, aditivos o complementarios. Por último, los efectos de ciertos genes parecen ser uniformes dentro de cualquier gama de condiciones ambientales y, a la inversa, los efectos de determinadas condiciones ambientales se manifiestan prácticamente en todos los genotipos.

Por consiguiente, de acuerdo con las modernas concepciones genéticas, la influencia de los genes sobre el desarrollo nunca es completa o absoluta, sin_ que siempre refleja la influencia de los ambientes intracelular, intercelular, gestacional o externo. Las consecuencias fenotípicas de la acción genérica s conciben actualmente como probabilidades de determinación, grados de regularidad e integridad de la expresión y limitación de los valores iniciales de la respuesta y el rendimiento.

16 P. R. David y L. H. Snyder: "Genetic variability and human behavior". En J. H1 Rohrer y M. Sherif (comps.) Social Psychology at tbe Crossroads. Nueva York, Harper1 1951, págs. 53-82.

Tal como se verá más adelante, esta modificación de la orientación teórica desempeñó un importante papel en cuanto a resolver los criterios dicotómicos de 'la controversia naturaleza-crianza y a propiciar un enfoque interactivo en el tratamiento de los problemas del desarrollo humano. No obstante, ciertas nociones exageradas sobre la simplicidad, la especificidad, la preeminencia y la inevitabilidad de los efectos genéticos siguieron influyendo en las formulaciones predeterministas. Por ejemplo, sus adherentes demasiado entusiastas aceptaron sin crítica alguna los resultados fragmentarios e inciertos de algunos casos genealógicos que intentaban demostrar que una sorprendente variedad de casos de inteligencia subnormal, enfermedad mental, delincuencia In moral e inadecuación de la personalidad se debía exclusiva o predominantemente al efecto de los genes heredados de un antepasado deficiente.

El movimiento eugenésico constituye el intento más reciente de acentuar la importancia de los factores genéticos en el desarrollo humano. Su programa se basa en la creencia de que el método más adecuado y seguro para mejorar el destino de la humanidad consiste en enriquecer las dotaciones genéticas de grandes poblaciones mediante la aplicación rigurosa de los principios de la unión libre y restrictiva. Sin embargo, aun cuando se pudiera lograr que hombres y mujeres eligieran sus compañeros sobre la base de consideraciones eugenésicas, todavía sería necesario contar con conocimientos muchísimo mayores de los mecanismos de la genética humana para poder aplicar con éxito un programa de este tipo. Además, el estudio de la historia cultural nos pueden efectuar profundos cambios en la conducta humana y la civilización mediante el progreso social, económico, tecnológico y educacional a lo largo de varias generaciones. Por otra parte, el examen comparativo de la evolución humana indica que sólo se pueden esperar cambios significativos en la base genética de la conducta y la capacidad humanas una vez transcurridos decenas o centenares de miles de años. La eugenesia la reducción y eliminación de anomalías físicas y psicológicas mediante la esterilización de los individuos irreversiblemente inaptos, los elementos realistas. La mayoría de los defectos humanos más comunes y menos extremos de tipo hereditario están determinados de manera poligénica y los pocos atribuibles a los efectos de genes simples son "recesivos" entes, cuya incidencia no se alteraría de modo significativo mediante la esterilización.

Relaciones entre la evolución biológica y la embriología. La existencia de muchos paralelismos evidentes entre la evolución biológica y el desarrollo embriológico dió lugar muchas especulaciones sobre la forma en que se relacionan ambos fenómenos para llegar a estas conclusiones no se prestó atención a ciertas consideraciones 1 representatividad de la muestra. las comparaciones con una población y equivalencia de los diagnósticos formulados durante un período de edad de las pruebas basadas en la comunicación oral y la influencia de las Se elaboraron numerosos conceptos de recapitulación biológica y biocultural de distintos grados de sustanciación empírica y credibilidad teórica.

La teoría biológica de la recapitulación, formulada por Ernesto Haeckel' (1834-1919), que sostiene que la ontogenia recapitula la filogenia, se basó en ciertos paralelismos secuenciales generales en la morfogénesis entre la evolución biológica de una especie en el tiempo geológico y el desarrollo embriológico de sus miembros. Esta proposición es compatible con el hecho de que la evolución biológica se caracteriza tanto por la continuidad como por la modificación, es decir que, además de presentarse líneas de divergencia bien marcadas, hay también mucha continuidad estructural y funcional entre una especie determinada y sus antepasados en la evolución. Por lo tanto, genéticamente se podría anticipar que cada especie heredaría y transmitiría los genes que reflejarán esos elementos comunes y divergentes y, de aquí que sus miembros tenderían a recapitular en su ontogenia inicial el curso de su descendencia de formas anteriores! de la vida animal. j

No es extraño que tales paralelismos no sean exactos y que no abarquen todas las etapas precedentes. En primer lugar, la línea de la descendencia es típicamente zigzagueante y no vertical. En segundo término, considerando las diferencias en las escalas temporales relativas comprendidas en cada proceso y la indudable influencia del material génico más reciente sobre las secuencias morfogénicas anteriores, podría esperarse una considerable superposición y modificación de las fases ontogenéticas.

Sin embargo, las teorías *biogenéticas* de la recapitulación, como las de J. J. Rousseau y G. Stanley Hall, aunque tienen una semejanza superficial con la proposición de Haeckel, fueron en realidad de índole enteramente diferente. La analogía se extendió al punto de incluir la historia *cultural* de la raza y el desarrollo de la *conducta postembriológica* del individuo. Ya hemos puntualizado que esta última clase de desarrollo (en contraste con la morfogénesis embriológica) está menos aislada de la influencia ambiental y se caracteriza más por las diferencias ontogenéticas dentro de la especie que resultan de una experiencia individual singular. Además, estas teorías parten de presunciones insostenibles que afirman: 1) que las culturas atraviesan, universalmente, una secuencia paralela de cambios en su evolución, y 2) que tales adquisiciones culturales: son génicamente transmisibles y que, en consecuencia, se recapitulan universalmente.

En la actualidad, tanto empírica como teóricamente, la noción -alguna! vez en boga- de las etapas universales de la evolución cultural está totalmente desacreditada. Ciertas secuencias evolutivas tomadas en conjunto pueden ser paralelas en distintas culturas debido a "relaciones causales que se repiten en; las tradiciones culturales independientes".¹⁹ Por ejemplo, la evolución de ciertos niveles de organización social puede depender casi universalmente de que previamente se hayan alcanzado niveles tecnológicos que les sirvan de base.

Pero fuera de esos paralelismos limitados, y en ausencia de una difusión cultural significativa, la influencia acumulativa de las diferencias en cuanto a geografía, clima, historia, valores, instituciones, etc., lleva a una divergencia cada vez más pronunciada en el desarrollo de las formas culturales. Debemos concluir, por lo tanto, que todos los seres humanos, independientemente de su pertenencia a determinada cultura, tienen una descendencia biológica en común y experimentan el mismo desarrollo embriológico, pero de ningún modo comparten una historia cultural que refleje la acción de procesos de evolución social sustancialmente idénticos.

Pero aunque todas las culturas tuvieran el mismo proceso evolutivo, ¿qué efecto tendría esto sobre la constitución genética del hombre? Hay que recordar que por lo general sólo se hereda una variabilidad espontánea, genéticamente inducida, de la estructura o la conducta, y que la principal contribución del ambiente a la filogenia se halla en el papel que cumple en la selección natural. Si bien los factores ambientales inciden profundamente en el desarrollo del hombre,²⁰ los cambios que provocan no afectan sus genes y, por consiguiente, sólo se transmiten a su descendencia de modo cultural y no génico. En consecuencia, resulta evidente que los supuestos

genéticos de la recapitulación bicultural son incompatibles con las concepciones modernas de la biología.

Así, pese a los grandes cambios que se han producido en la conducta y en el nivel cultural del hombre desde la aparición del *Homo sapiens*, entre un cuarto y medio millón de años atrás, no es probable que la base biológica de las aptitudes humanas haya cambiado de modo apreciable durante ese período. Incluso, es más cierto que todos los grupos humanos contemporáneos -independientemente de su historia cultural- comparten las mismas potencialidades génicas para su desarrollo psicológico y cultural.

En un sentido muy limitado y diferente del término, los conceptos de la recapitulación psicocultural podrían tener una mayor validez nominal. Por ejemplo, si concebimos la tendencia al uso cada vez mayor de símbolos y abstracciones como característica del desarrollo cultural, parecería que en las etapas históricas posteriores de la mayoría de las culturas, el desarrollo intelectual del individuo tiende a ir más allá del nivel cultural de ideación anterior. En algún sentido, por lo tanto, podría decirse que el individuo que nace históricamente más tarde, "recapitula" el desarrollo intelectual de su cultura a medida que va aumentando su capacidad intelectual. Sin embargo, el desarrollo paralelo, en este caso, no se debería a que determinadas secuencias culturales fueron inscritas en sus genes y sólo necesitan desplegarse, sino a que: 1) la tendencia a pasar de la ideación concreta a la simbólica caracteriza el desarrollo intelectual tanto en el individuo como en la cultura, y 2) los límites del crecimiento individual dependen, en parte, del nivel del rendimiento cultural.

20 Puede notarse que los teóricos predeterministas tienden a rechazar el planteo de que el ambiente influye de modo significativo sobre la ontogenia humana. Sin embargo -lo que resulta bastante paradójico-, aceptaron la primacía de ciertos factores reguladores internos cuya propia existencia presuponía la validez de la posición ambientalista, mucho más . . . cultural influye directamente en la filogenia por sus efectos

Por consiguiente, el hecho de que los individuos pertenecientes a civilizaciones más adelantadas alcancen una mayor capacidad intelectual no sería indicativo de una alternación cultural de la dotación genotípica, sino de un rendimiento fenotípico mayor, posibilitado por un genotipo constante en condiciones de estimulación cultural enriquecida. De ahí que si a los niños norteamericanos del siglo XX se los aislara artificialmente de todo estímulo para la ideación, sus perspectivas de lograr un desarrollo intelectual avanzado no serían mayores que las de los hombres de la prehistoria.

ENFOQUES DE "TABULA RASA"

En marcado contraste con las doctrinas preformacionista y predeterminista ya discutidas, encontramos movimientos tales como el humanismo, el conductismo, el

"determinismo situacional" y ciertas variedades del relativismo cultural. Si consideramos que los enfoques vistos constituyen el extremo de un continuo que abarca las diversas teorías acerca de la regulación del desarrollo humano, los movimientos ideológicos que ahora trataremos se ubicarían en el extremo opuesto del mismo continuo. Se los llama enfoques de *tabula rasa* porque minimizan la participación de la dotación genética y de los factores direccionales provenientes del interior del individuo y, al mismo tiempo, subrayan el papel predominante del ambiente en la determinación del resultado del desarrollo.²¹ La analogía que compara al neonato con una *tabula rasa* es característica de sus tesis generales, que sostienen que no existen predisposiciones intrínsecas en la materia prima a partir de la cual se desarrollan la conducta y la personalidad: y que los seres humanos pueden modificarse indefinidamente.' La totalidad de la pautación, la diferenciación, la integración y la elaboración del contenido específico y general de la conducta que surge en el curso del desarrollo se explica en función de las condiciones estimulantes particulares a las que el individuo está o ha sido sometido.

1

Se debe tener en cuenta, en embargo, que el término *tabula rasa* se utiliza; aquí en un sentido muy general y sólo para denotar posiciones ambientalistas tan extremas, como las descritas. En un sentido más específico del término, según lo empleara John Locke, la *tabula rasa* sólo se refería al estado de la *ideación* en el nacimiento y no a la ausencia *absoluta* de predisposiciones evolutivas. De hecho, en sus discursos sobre la educación, este filósofo resaltó la necesidad de restringir los impulsos naturales de los niños. Además,

21 Ya nos hemos referido a la posición sustentada por Lamarck como un ejemplo de ambientalismo extremo en la biología, pues se basa en el supuesto de que tanto el genotipo como el fenotipo pueden alterarse como consecuencia de la exposición prolongada a ciertas condiciones ambientales. No obstante, el aspecto más importante del enfoque de tabula rasa reside en que pone de relieve la plasticidad de los seres humanos, es decir, la ausencia de predisposiciones importantes o duraderas, y no la incidencia de los determinantes ambientales del desarrollo. Ciertas orientaciones más recientes de la tabula rasa, como la terapia centrada en el cliente, subrayan la noción de plasticidad pero atribuyen a ciertos procesos cognitivos y motivacionales autodirigidos el principal control direccional de un cambio importante en la personalidad.

a la luz de las modernas concepciones del desarrollo de la cognición y de la conducta, ni la proposición lockiana de la *tabula rasa* ni el cuestionamiento más reciente de la noción de los instintos humanos podrían considerarse ejemplos de una posición extrema en relación con la controversia naturaleza-crianza. Por consiguiente, aunque las teorías de las ideas innatas, de los instintos y de los impulsos instintivos deben ser clasificadas como preformacionistas, el rechazo de estas proposiciones no constituye necesariamente un enfoque de *tabula rasa* del desarrollo humano.

El humanismo y otros enfoques afines

El movimiento humanista en la filosofía y en la educación ha abogado por la posición ambientalista de que, dadas las condiciones educacionales apropiadas, las potencialidades evolutivas del hombre son virtualmente ilimitadas en cuanto a su alcance o dirección. En esta estimación optimista se halla implícita: 1) la creencia de que la "naturaleza humana" es esencialmente amorfa y puede moldearse del modo más compatible con el destino que el hombre elija, y 2) la confianza ilimitada en la posibilidad de alcanzar este objetivo por medio de los procedimientos educacionales adecuados.

Por supuesto, la convicción humanista de que el hombre puede seleccionar a voluntad, así como tomar las medidas necesarias para asegurar el cumplimiento de las metas elegidas y, en consecuencia, constituirse en el factor de su propio destino, sería perfectamente defendible si se refiriera a la capacidad psicológica real de los seres humanos y fuese limitada por ésta. Sin embargo, con mucha frecuencia, esa convicción se expresa simplemente como un desiderátum filosófico irrestricto. Esto la torna poco aceptable, dado que cada vez es más evidente que la extensión de la plasticidad evolutiva ya no es una cuestión que pueda establecerse por medio de una convención especulativa. Además, es improbable que una generalización irrestricta pueda cubrir todos los aspectos del desarrollo. En la era moderna se considera que este problema debe ser sometido a la determinación empírica. Y cualquiera sea el resultado final de la investigación en tal sentido, toda afirmación realista sobre los objetivos y las potencialidades humanas debería formularse dentro del marco de las limitaciones impuestas por la dotación genética del hombre, tal como se las concibe en la actualidad a la luz de los datos pertinentes.

Aunque proclamado sobre la base de premisas teóricas muy diferentes, el programa humanista para la educación presentaba una sorprendente similitud -tanto en su espíritu como en su contenido- con el enfoque preformacionista (teológico) descrito en el capítulo anterior. Aunque una escuela veía al bebé como una entidad informe, a merced de su ambiente, y la otra lo concebía como esencialmente preestructurado, ambas concordaban en que: 1) el individuo contribuye poco a su propio desarrollo, 2) en esencia, el niño es un adulto en miniatura, y 3) la naturaleza humana se podría mejorar de la manera más satisfactoria por medio de un severo régimen de entrenamiento y educación. Los preformacionistas llegaron a esta conclusión porque negaban la posibilidad de que se produjera ningún cambio evolutivo de significación, y porque aceptaban que los atributos preestructurados podían mejorarse cuantitativamente si la autoridad adecuada obraba sobre ellos desde el exterior. Los humanistas, en cambio, alcanzaron la misma conclusión de modo más directo, atribuyendo todos los cambios evolutivos de una criatura originalmente amorfa a la suprema influencia de los factores ambientales, y concibiendo que tales cambios se producen en pasos cuantitativos más que en etapas cualitativas.

Por consiguiente, el enfoque humanista de la educación era rígidamente

académico, tradicional y autoritario. Imponía normas severas y arbitrarias que se hacían cumplir estrictamente mediante castigos físicos y otros recursos. Cuando era necesario, la racionalidad y la erudición clásica se machacaban literalmente en el intelecto del individuo rebelde o mal dispuesto. No se tomaban en cuenta las diferencias de capacidad, de necesidades evolutivas y de posición en relación con el nivel de edad, y se prestaba poca o ninguna atención a las diferencias individuales en cuanto a habilidad o temperamento. Los educadores humanistas no trataban de fomentar la participación voluntaria del niño alentar su espontaneidad o apelar a la motivación endógena. La contribución de la personalidad a la conducta y al desarrollo cognitivo se consideraba poco importante, y al alumno no se le concedía ningún papel directivo ni ninguna responsabilidad en el proceso educacional.

El *conductismo* compartió muchos de los prejuicios ambientalistas del humanismo pero los conceptualizó en términos más psicológicos. Su negación de la experiencia subjetiva (excepto como una forma de conducta subliminal, su rechazo de todas las predisposiciones evolutivas (salvo los reflejos y ciertas respuestas emocionales) y su concepción del organismo humano como un mecanismo de respuesta no cognitivo, subordinado al control de los estímulos condicionados, son compatibles con el enfoque, de *tabula rasa* en cuanto a destacar la plasticidad de la conducta. De manera análoga, en lo que se refiere al cuidado y la educación del niño, su postura favorable al manejo impersonal, a la severidad, a la regularidad y a la importancia del entrenamiento de los hábitos era muy semejantes a las prácticas humanistas. ' .

Sin embargo, no hay que pensar que una concepción de *tabula rasa* de la naturaleza humana se acompaña inevitablemente de una insistencia en la preeminencia del ambiente en el desarrollo. La actual escuela terapéutica centrada en el cliente, por ejemplo, combina su estimación clínica de que la plasticidad humana es infinita con su insistencia en las necesidades, objetivos, *insight*, responsabilidad, iniciativa para el cambio, etc., que surgen en forma endógena en un ambiente terapéutico muy permisivo y no autoritario. Se sostiene que en tanto se dé esta relación entre las influencias endógenas y las exógenas, las posibilidades de reorganizar la personalidad sobre una base más sana y constructiva son virtualmente ilimitadas, independientemente de la estructura actual de la personalidad o de la historia evolutiva precedente. ,1

Este punto de vista es muy semejante al de los teóricos predeterministas (Rousseau, Hall y Gesell) que subrayaron la importancia de la permisividad de la autodirección en la crianza infantil. Su principal divergencia con éstos radica en que concibe estas últimas condiciones como esenciales para la *autocreación* activa de una personalidad con posibilidades casi ilimitadas de realizarse (o para la reconstrucción terapéutica de una personalidad deformada por el ambiente antes que para el despliegue óptimo de una personalidad cuyo desarrollo está preestructurado.

No obstante, debemos reiterar que la plasticidad de la personalidad humana y su capacidad de respuesta para la reorganización no son temas que se puedan

resolver mediante una afirmación doctrinaria, sino que requieren una resolución empírica explícita. Además, si bien la autodirección tiene indudable importancia en muchos aspectos de las secuencias evolutivas facilitadas por la terapia y de otras más normativas, hay pocas razones para creer que las influencias direccionales que se originan en el ambiente sean innecesarias, sin importancia o generalmente perjudiciales.

Determinismo cultural y situacional

El avance de la antropología cultural empírica durante las primeras cuatro décadas del presente siglo llevó a la formulación de una posición ambientalista más explícita en conjunción con la concepción de la infinita plasticidad humana. Los resultados de estudios sobre la conducta modal, la socialización y la aculturación en diferentes culturas primitivas impresionaron a los etnólogos al revelar una notable homogeneidad de estos fenómenos dentro de cada cultura, una enorme diversidad entre una y otra y una aparente ausencia de uniformidades interculturales. El resultado casi inevitable de tales conclusiones fue la aparición de un concepto de determinismo cultural: la noción de que el ser humano es "como un jarrón vacío dentro del cual se vierten la cultura y las prescripciones sociales",²² y que su conducta y el desarrollo de su personalidad, por lo tanto, son simplemente una función de los estímulos socioculturales particulares que recibe. Las dicotomías personalidad-cultura e individuo-sociedad se "resolvieron" así mediante la abolición virtual de las categorías de individuo y personalidad.²³

22 M. Sherif: "Introduction". En J. H. Rohrer y M. Sherif (comps.): *Social Psychology at the Crossroads*. Nueva York, Harper, 1951.

23 Ya hicimos referencia a las teorías del instinto social que resolvieron las mismas dicotomías en un estilo opuesto, derivando la cultura y la sociedad de la configuración preformada de la conducta de los individuos. Spiro es representante de una nueva tendencia en la teoría de la ciencia social, que procura reducir la personalidad y la cultura a una configuración única de la conducta individual aprendida por acumulación en un escenario interpersonal: por consiguiente, de acuerdo con este criterio, "hay tantas culturas como personalidades". Este reduccionismo se basa en las proposiciones de que el locus de la cultura reside en la conducta de sus miembros individuales, que la adquisición de cultura sólo se puede concebir como un proceso de aprendizaje (internalización) que tiene lugar en individuos particulares y que, de manera típica, las personas modifican su herencia cultural. Sin embargo, se pueden aceptar las tres proposiciones como válidas sin tener que llegar necesariamente a la conclusión de que la personalidad y la cultura son una y la misma cosa. Si bien la "cultura" como tal es una abstracción derivada de una totalidad no homogénea de las conductas individuales, de sus interacciones y de sus productos (y es evidente que no puede tener una existencia independiente de las personas que la componen, la internalizan, la influyen y son influidas por ella), no deja de ser un fenómeno conceptualmente (si no funcionalmente) independiente y externo a la personalidad. Los consensos, puntos comunes y uniformidades a los que se refiere, como los valores, creencias y costumbres sociales efectivamente

compartidos, son reales, se distinguen de los prevalecientes en otras culturas y son lo bastante estables como para que se los pueda estudiar como si existieran por derecho propio. Afectan al individuo y son adquiridos por éste debido a que influyen y son internalizados por los representantes culturales particulares, padres, docentes y pares_ con los cuales éste interactúa en el curso de su endoculturación_

Mientras se ignoró la existencia de diferencias intraculturales en la conducta, no hubo urgencia por reconocer las contribuciones de las tendencias de respuesta persistentes, de las sensibilidades perceptuales selectivas y de los umbrales diferenciales de la reactividad establecidos por la interacción del genotipo singular del individuo y la historia experimental. Del mismo modo, mientras no se prestó atención a las semejanzas evolutivas entre las distintas culturas, pareciera innecesario intentar encontrar las regularidades comunes a todos los hombres (de origen génico, fisiológico, psicológico o interpersonal) que sirven para limitar y canalizar la repercusión que tienen las influencias culturales sobre la matriz del crecimiento humano a lo largo de líneas ontogenéticas que son casi paralelas, en cuanto al proceso, en las distintas culturas.

Actualmente, esta versión extrema de la *tabula rasa* se plantea con menos frecuencia. La mayoría de los antropólogos, aunque todavía no muy impresionados por las uniformidades interculturales, conoce la importancia de las diferencias intraculturales. Pero no ocurre lo mismo con ciertos sociólogos y psicólogos de orientación social, que insisten en explicar *todas* esas diferencias sobre la base de la pertenencia subcultural o de variables situacionales y niegan la existencia de predisposiciones estables, precedentes y persistentes en la conducta o el desarrollo. El *determinismo* situacional que defienden ubica la estructura de la personalidad no en un sistema organizado de predisposiciones subyacentes de la conducta ("bajo la piel"), sino en una serie de *actos* de conductas que se manifiestan en situaciones socioculturales específicas. Cualquier necesidad o motivo requerido para iniciar o mantener la conducta, surge intrínsecamente de la propia situación. La personalidad, según los teóricos más rigurosos de esta corriente, no es una estructura continua, y autoconcoherente, que revela una generalidad por encima de las situaciones concretas, sino una configuración_ transitoria de la conducta individual que es puramente una función de las particulares condiciones de estímulo social que la provocan.

Esta concepción de la personalidad se justifica sobre la base de que, puesto que la conducta de un individuo varía *cada vez* que se altera el contexto situacional, debe estar determinada por la acción *exclusiva* de esta última variable. Es casi innecesario puntualizar que la constatación de que existe un cambio de conducta vinculado con la variabilidad de un factor no invalida la posibilidad de que otras variables estén actuando simultáneamente. En realidad, mediante la simple reversión del cuadro, vale decir, manteniendo la situación constante y cambiando a los individuos expuestos a ella, se podría proponer, con igual facilidad, la conclusión -también

unilateral- de que sólo los factores de la personalidad determinan la modificación de la conducta. Sin embargo, cuando se estudia una cantidad de personas en una diversidad de situaciones, se evidencia que ,ambos factores contribuyen a determinar la variabilidad de conducta obtenida.

Esto se demuestra por el hecho de que las correlaciones entre mediciones de la conducta en distintas situaciones no dan ni cero ni una unidad, sino que se ubican en algún punto intermedio. Además, tienden a ser más altas cuando las propias situaciones o bien el grado de compromiso del yo de los sujetos en ellas, se hacen comparables.

El enfoque situacional de la personalidad no sólo la despoja de toda deducción explicativa sino que además considera inútil la búsqueda de fundamentos genotípicos en la conducta. Si la personalidad carece de estabilidad y de generalidad, no tendrá mucho sentido considerar sus posibles efectos sobre la conducta y aun menos tratar de determinar el curso de su desarrollo. De manera similar, si no es posible vincular la conducta manifiesta con predisposiciones subyacentes en la estructura de la personalidad, la taxonomía de la conducta se deberá basar enteramente en las similitudes y las diferencias fenotípicas con prescindencia de sus referencias genotípicas.

También hay que hacer notar que, en la práctica (si no teóricamente), las escuelas terapéuticas no directivas tienden a respaldar el concepto situacional de la personalidad. Aunque no niegan explícitamente la influencia que ejercen las tendencias de respuesta anteriores sobre la conducta actual, minimizan su importancia: 1) al concebidas casi invariablemente como reversibles, 2) al considerar que el descubrimiento de sus orígenes evolutivos no es pertinente para la terapia, y 3) al centrarse principalmente en la situación adaptativa presente.

Relativismo cultural

Desde una perspectiva histórica, el relativismo cultural es sin duda el principal componente del concepto de determinismo cultural que acabamos de considerar. Pero a efectos de lograr mayor claridad conceptual, es preferible tratar el relativismo cultural por separado. Esto obedece a varias razones. En primer lugar los deterministas sólo tienen que suponer que la conducta de los seres humanos está influida en todos sus aspectos por factores culturales; *no* necesitan aceptar la posición relativista de que es un fenómeno *enteramente singular* en cada cultura. En realidad, si se puede demostrar que existen paralelismos interculturales significativos en cuanto a costumbres y tradiciones, para ser totalmente compatibles con la lógica del determinismo cultural habría que postular el paralelismo correspondiente en la esfera de la conducta y del desarrollo de la personalidad. En segundo lugar, el relativismo cultural se asocia históricamente a un enfoque empírico (estudio de campo) de la etnología y a una interpretación no evolucionista y no individualista del cambio cultural²⁴ que no son inherentes al determinismo cultural. En tercer lugar, como consecuencia de estas .asociaciones históricas el relativismo cultural ha venido

a representar un punto de vista extremo en ciertas cuestiones tales como la plasticidad, la singularidad cultural, la homogeneidad intracultural y la heterogeneidad intercultural de la conducta, criterio que no es necesariamente inherente ni siquiera a

24 Dado que aquí sólo tratamos el desarrollo individual, este tema escapa al campo de nuestra investigación. No obstante, es importante señalar que el enfoque metodológico que adoptaron los relativistas, que destacó la importancia del estudio empírico de la conducta en culturas particulares (en oposición al análisis lógico de las instituciones y productos culturales relacionados con un concepto universal de la evolución cultural), los predispuso hacia una concepción de singularidad en la consideración del impacto de la cultura sobre la conducta y la personalidad. Su criterio no evolucionista del cambio cultural también los predispuso en esta dirección; pero debido a que la similitud en el desarrollo cultural es sólo uno entre los muchos factores que afectan las uniformidades interculturales de la personalidad, las dos posiciones (la antievolucionista y la relativista) no son necesariamente coextensivas.

una posición relativista. Así, muchos teóricos que aceptan que la conducta y el desarrollo son relativos y que en muchos aspectos importantes están determinados por el ambiente cultural, aún sostienen al respecto opiniones mucho menos extremas que la que implica un planteo más ortodoxo del relativismo cultural.

El relativismo cultural sirvió para rectificar las doctrinas del instinto social etnocéntrico y de la biogenética prevalientes en esa década y en las anteriores. Los relativistas negaron que la conducta social compleja pudiera estar pautada en forma innata por instintos universales, o que las uniformidades intra e interculturales reflejaran la acción de un genotipo idéntico que abarcara a toda especie, y que ejerciera una influencia direccional preponderante e invariable sobre el contenido y la secuencia del desarrollo. Al explicar las regularidades de la conducta dentro de una cultura, señalaron la importancia de considerar los aspectos en común en el condicionamiento social. Para explicar las similitudes interculturales, en cambio, propusieron la hipótesis menos convincente de la difusión cultural. Pero su aporte más importante fue que, al demostrar que el modelado cultural de innumerables aspectos de la conducta y del desarrollo se caracteriza por una amplia variabilidad refutaron totalmente la opinión reformacionista etnocéntrica de que los rasgos distintivos de la estructura de la personalidad en la civilización occidental son manifestaciones de una "naturaleza humana" inmutable y que, en consecuencia, deben estar universalmente distribuidas. Propusieron, en cambio, el carácter único de la tesis de que los valores, las tradiciones, las instituciones y el desarrollo histórico de cada cultura da lugar a un tipo propio de personalidad. Con esto marcaron el comienzo de la investigación -vigente en la actualidad- que indaga empíricamente el problema de la relación personalidad-cultura.

Por supuesto, ni siquiera los relativistas podían dar por sentada la total plasticidad de la conducta. Se reconoció que ciertas limitaciones impuestas por la pertenencia del hombre a la especie y sus necesidades, capacidades y mecanismos biológicos y

psicológicos restringen el impacto de la cultura sobre la conducta. Pero dentro de estos límites demasiado generales, todo modelado, diferenciación y selectividad en el desarrollo de la conducta se consideró una función de las variables culturales. Así, por ejemplo, se concibió que la cultura determina las clases de estímulos que producen una emoción particular y la manera en que ésta se expresa, y que selecciona por medio de recompensas y castigos las capacidades potenciales y los rasgos de la personalidad del hombre que se acentúan o se descuidan en un escenario cultural particular.

Relación con la teoría psicoanalítica. En un grado muy considerable, el relativismo cultural no tuvo una incidencia absoluta sobre las concepciones del desarrollo de la personalidad debido a la gran influencia que ejercieron los etnólogos orientados al psicoanálisis y los teóricos psicoanalistas dedicados al problema del individuo en la sociedad. La fusión parcial de estas dos corrientes del pensamiento (psicoanálisis y relativismo cultural) probablemente reflejó la ausencia de un cuerpo satisfactorio de teoría psicológica de la personalidad, tanto como cierta insatisfacción con el rigor del criterio relativista. De todas maneras la unión se produjo pese a la presencia de graves incompatibilidades conceptuales entre las dos posiciones:25 en primer lugar el psicoanálisis reintrodujo la doctrina del instinto -antropológicamente sospechosa- bajo la forma un tanto más aceptable, de los impulsos psicosexuales pautados, a los que se consideró como la nueva base de las uniformidades interculturales. No obstante, esta concepción de los impulsos como entidades innatamente preestructuradas y biogenéticamente transmitidas estaba en contradicción con el principio relativista de que toda configuración psicológica significativa y detallada está determinada por factores singulares del condicionamiento cultural. Además, al proyectar universalmente el concepto psicoanalítico a partir de una muestra no representativa de individuos neuróticos de nuestra propia sociedad, entró naturalmente en colisión con las severas críticas relativistas al etnocentrismo. En segundo término, la noción psicoanalítica de que la sociedad es básicamente frustratoria era incompatible con la concepción implícita en toda forma del determinismo cultural de que el orden social no sólo proporciona los medios de complacer los impulsos individuales instigados biológicamente sino que también es capaz de generar -en forma independiente y por derecho propio- impulsos muy significativos de origen interpersonal. Por último, la escuela psicoanalítica explicó las diferencias interculturales en la estructura de la personalidad casi exclusivamente a partir de prácticas parentales diferenciales que inciden en el curso del desarrollo psicosexual. Los partidarios del relativismo cultural, por su parte, adoptaron un criterio mucho más amplio sobre la gama potencial de los factores interpersonales y socioculturales que son importantes para el desarrollo de la personalidad en una sociedad determinada, y reconocieron que hay otros aspectos de la estructura de la personalidad, además de los impulsos erógenos, que también están sujetos a la influencia del medio social.

IMPLICACIONES DE LAS TENDENCIAS HISTORICAS PARA LAS CONCEPCIONES MODERNAS DEL DESARROLLO

Podemos resumir las implicaciones de las tendencias históricas descritas en las concepciones modernas de la regulación del desarrollo, indicando brevemente las razones generales por las cuales tanto el enfoque predeterminista como el de *tabula rasa* resultan insostenibles. Estas consideraciones indicarán la conveniencia de adoptar el nuevo enfoque interaccional, que será presentado en el capítulo 3. Dado que aquí la cuestión principal radica en el grado de plasticidad de la conducta, podemos clasificar los criterios preformacionistas bajo la categoría predeterminista.

Breve crítica de los enfoques predeterministas

1. Excepto en lo que concierne a las respuestas simples de tipo reflejo, se encuentra escasa base en los datos lógicos o empíricos

25 Las incompatibilidades básicas en e: punto de vista sobre el desarrollo de las instituciones culturales son ajenas a esta discusión. En general, sin embargo, las interpretaciones freudianas de las formas y prácticas culturales como mecanismos institucionalizados de la represión de impulsos psicosexuales que se expresan simbólicamente no fueron tan aceptadas por los etnólogos como las formulaciones psicoanalíticas de la influencia cultural sobre el desarrollo de la personalidad.

para creer que haya algún aspecto psicológico del funcionamiento humano que esté preformado ya en el nacimiento y que sea *totalmente* independiente de la experiencia ambiental; posterior. Incluso las repercusiones psicológicas iniciales y no modeladas de :

estímulos viscerales y hormonales intensos (por ejemplo, los estados de impulsión) se ven influidas por los efectos de las experiencias anteriores y por la estimulación interna y externa; y en condiciones sociales extremadamente desfavorables, puede suceder que ciertos impulsos "primarios", como los de tipo sexual, no lleguen a generarse nunca, aunque la producción gonádica sea adecuada. En el caso de las configuraciones complejas, la posibilidad de que existan entidades psicológicas preestructuradas es aun menos factible. Pero aunque los investigadores de la conducta ya no toman en serio la existencia de los instintos humanos, la noción -equivalente- de que los impulsos afectivo-sexuales pautados existen preformados en un ello heredado biogenéticamente ha ganado bastante aceptación en muchos círculos.

El más anacrónico de los criterios preformacionistas actuales es el de la teoría psicoanalítica de las ideas innatas (identificación cósmica, reencarnación, omnipotencia, etc.) alojadas en un inconsciente filogenético. Los partidarios de esta doctrina señalan la presencia reiterada de estos temas en las mitologías de distintas culturas que no tienen ninguna conexión histórica entre sí y en las efusiones ideacionales de los psicóticos afectados de regresión profunda. Sin embargo, ambos fenómenos admiten explicaciones más sencillas: el primero, de la generación cultural independiente de soluciones ideológicas comunes para problemas tan universales como la muerte y el control sobrenatural del ambiente, y el segundo, la de la

regresión a una etapa ontogenética anterior en el desarrollo del yo

2. También carece de fundamento el modelo embriológico del desarrollo psicológico que no se basa en el preformacionismo pero que igualmente sostiene que las secuencias y resultados evolutivos están básicamente predeterminados y son inevitables debido a la influencia preponderante de factores direccionales (génicos) internos. En realidad, esta concepción sólo es válida para los modos de conducta adquiridos -relativamente escasos y simples- que, en función de la especificidad del contenido y de su aparición secuencial, caracterizan a todos los miembros de la especie humana (por ejemplo, la locomoción). En el caso de todos los demás rasgos de la conducta, las condiciones ambientales singulares tienen un peso muchísimo mayor en la regulación evolutiva y, por consiguiente, tanto las clases de cambios que se producen en el crecimiento como la secuencia en que se manifiestan son mucho más variables. Por lo tanto, es erróneo: 1) subestimar la repercusión de la cultura y de la experiencia individual sobre cualquier aspecto psicológicamente significativo del desarrollo humano; 2) minimizar la extensión y la importancia de la diversidad condicionada por la cultura en el desarrollo individual y 3) dejar de lado las incidencias culturales comunes que operan en la historia vital de los individuos y atribuir todas las uniformidades evolutivas observadas -intra e interculturales- únicamente a la influencia de factores génicos similares.

Las teorías biogenéticas de la recapitulación, cuyas hipótesis apuntan a la presencia de paralelismos específicos entre etapas sucesivas en el desarrollo psicológico del individuo y diversas etapas inferidas en la evolución cultural de la humanidad, son empírica y teóricamente insostenibles. Se fundan en los desacreditados supuestos de que todas las culturas evolucionan en secuencias paralelas y de que las adquisiciones culturales de un pueblo son génicamente transmisibles a su descendencia.

Breve crítica de los enfoques de "tabula rasa"

1. No contentos con haber logrado sembrar dudas sobre la validez de las doctrinas preformacionista y predeterminista, los teóricos del enfoque de *tabula rasa* se fueron al otro extremo y afirmaron que la conducta humana es infinitamente plástica y maleable a las influencias ambientales. Aunque probablemente tuvieran razón al presumir que *algunos* aspectos de la conducta, tales como los roles y actitudes sociales, son determinados casi exclusivamente por las variables culturales, se aventuraron en un terreno menos firme al negarse a admitir que otras facetas del desarrollo psicológico están pautadas de muchas maneras significativas por diversas predisposiciones, limitaciones, capacidades y potencialidades selectivas que se generan en el interior del individuo. Como estos factores internos (que directa o indirectamente tienen una base génica) *no* ejercen normalmente efectos solitarios, específicos e invariables sobre el contenido y la secuencia del desarrollo, los teóricos de la *tabula rasa* concluyeron equivocadamente que ni siquiera operan como determinantes parciales o generales.

2. En consecuencia, los partidarios extremos del relativismo cultural y del determinismo situacional no supieron ver que: 1) muchas diferencias intraculturales en el desarrollo de la conducta están condicionadas tanto por la diversidad genotípica como por diferencias subculturales, familiares e individuales en la experiencia pasada, y 2) numerosas uniformidades interculturales en el desarrollo psicológico sin duda están determinadas, en parte, por varios aspectos de la dotación génica del hombre que al mismo tiempo lo vincula y lo diferencia de otras especies. Por consiguiente, la ontogenia singular de los seres humanos es más que un reflejo de su condición exclusiva de única especie de la naturaleza cuyo desarrollo resulta moldeado sistemáticamente por una cultura. Es también un reflejo del hecho de que constituye la única especie *genéticamente capaz* de responder a estímulos culturales por sendas que caracterizan el desarrollo de un organismo cultural. Ningún grado de estimulación cultural podría hacer que los chimpancés se desarrollaran como seres humanos.

3. Además de pasar por alto la base génica de las uniformidades interculturales en el desarrollo de la conducta, los partidarios del relativismo cultural no advirtieron que muchas de estas uniformidades (las etapas generales en el desarrollo de la personalidad, por ejemplo) son inducidas por numerosos "denominadores comunes" de la propia cultura. Estos, a su vez, derivan de aspectos , universales en el ambiente físico e interpersonal del hombre, de sus adaptaciones a ellos y de características biológicas y psicológicas comunes a todos los hombres.

4. Muchos adherentes al relativismo cultural (bajo la influencia de las teorías del impulso fundadas en el psicoanálisis y en el estímulo), paradójicamente reincidieron en algunos de los errores más graves que combatieran en sus adversarios. Por ejemplo, al presumir que los impulsos sexuales son obra de las hormonas gonádicas, o que éstas los generan de modo inevitable, subestimaron! la característica plasticidad humana para responder a factores que inducen ¡' modelan esos impulsos. Además, al definir una capacidad humana fundamental! como el sentimiento de culpa, en función de las condiciones particulares en la que aparece y de las formas específicas que adoptó en nuestra propia cultura, llegaron a una conclusión etnocéntrica sorprendente: que los individuos en la mayoría de las otras culturas manifiestan vergüenza en vez de sentimientos de culpa.